

ra (4). San Gerónimo, sobre estas palabras del Profeta, dice: «Grande cosa debe ser el olvidarse uno de sus padres y parientes; pues tan gran premio se le promete, que codiciará Dios su hermosura (2).»

En las Crónicas de la orden de San Francisco se cuenta (3), que entró en Paris en la orden un maestro en teología, al cual habia sustentado su madre con limosnas y mucha pobreza, hasta ponerle en aquel estado; y oyendo que su hijo era fraile, vino al convento y con muchas lágrimas é importunaciones pedia á voces á su hijo descubriéndose los pechos y diciéndole los trabajos con que le habia criado, representándole la necesidad y miseria en que la dejaba. Por estas lágrimas fué movido el maestro á dejar su propósito, y determinó el dia siguiente salirse de la Religion; y sintiendo sobre este caso grande contienda en su corazon, acudió á la oracion como lo tenia de costumbre, y postrado ante la imagen de un crucifijo, decia con angustiado corazon: «Señor, no os quiero yo dejar, ni vos permitais tal cosa; mas solamente quie-

ro remediar á mi madre, que está en grande necesidad.» Y como diciendo estas cosas, levantase los ojos á la imágen, vió que del lado del Señor manaba verdadera sangre, y luego oyó una voz que le decia: «Mas caro me costaste á mí que á tu madre, pues te crié, y redimí con mi sangre; no me debias tú dejar por amor de tu madre.» Con este aviso quedó el maestro espantado, y prefiriendo el amor de Cristo al amor natural de su madre, que le movia por su necesidad á dejar aquel estado, perseveró en la orden, acabando en ella con mucho loor.

Aunque en este tratado parece que habemos hablado solamente con los religiosos; pero si los seculares sacasen de él, como deseamos, no inquietar á los religiosos, ni embarazarlos en sus negocios, ni entremeterse en el gobierno de la Religion, pidiendo y procurando que su pariente ó amigo vaya ó resida en tal parte, no seria de pequeño fruto, asi para ellos como para nosotros.

TRATADO SEXTO.

De la tristeza y alegría.

CAPITULO I.

De los daños grandes que se siguen de la tristeza.

«Echa muy lejos de tí la tristeza,» dice

(1) Sedo itaque solitarius sicut turtur, nihil tibi, et turbis, nihil cum multitudine caeterorum, etiam que ipsum obliviscere populum tuum, et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum. (Ps. XLIV, 11). Bern. serm. 40 in Cantica.

(2) Grande praemium est parentis oblivisci, quia concupiscet rex decorem tuum. Hier. in Regul. Monachar. quam collegit Lupus de Oliveto.

(3) P. 2, cap. 13 de la Crónica de San Francisco.

el Sábio (1), «porque la tristeza ha muerto á muchos, y no hay en ella proxecho alguno.» Casiano hace un libro del espíritu de la tristeza, porque dice (2) que, para curar y remediar este mal y enfermedad, no es menester menor cuidado y diligencia que para las demas enfermedades y tenta-

(1) Tristitiam longo repelle a te, multos enim occidit tristitia, et non est utilis in illa. Eccl. XXX, 24.

(2) Cas. lib. 9 de instit. venant.

ciones espirituales que se nos ofrecen en esta vida, por los muchos y grandes daños que se siguen de ella, los cuales va allí poniendo y fundándolos muy bien en la Escritura Sagrada. Guardaos, dice, de la tristeza, no la dejes entrar en vuestro corazon; porque si le dais entrada, y se comienza á enseñorear de vos, luego os quitará el gusto de la oracion, y hará que os parezca larga la hora, y que no la cumplais enteramente: y aun algunas veces hará que os quedeis del todo sin oracion y que dejes la leccion espiritual. Y en todos los ejercicios espirituales os pondrá un tedio y un hastío que no podais arrostrar á ellos: «Dormitó mi alma por el tedio,» decia David (1); y en este verso, dice Casiano (2), declara muy bien el Profeta estos daños que se siguen de la tristeza. No dice que se adormeció su cuerpo, sino su ánima: porque con la tristeza y accidia espiritual cobra el ánima tanto tedio y hastío á todos los ejercicios espirituales y á todas las obras de virtud, que está como dormida, inhábil y torpe para todo lo bueno. Y algunas veces es tan grande el fastidio que tiene uno con las cosas espirituales, que le vienen á enfadar y dar en rostro los que tratan de virtud y de perfeccion; y aun algunas veces los procura retraer y estorbar de sus buenos ejercicios.

Tiene tambien otra cosa la tristeza, dice Casiano, que hace al hombre desabrido y áspero con sus hermanos: San Gregorio dice: «La tristeza mueve á ira y enojo (3);» y asi experimentamos que cuando estamos tristes, fácilmente nos airamos y nos enfadamos luego de cualquiera cosa: y mas, hace al hombre impaciente en las co-

(1) Dormitavit anima mea prope tedio. Psalm. CXVIII, 28.

(2) Cas. lib. 10, cap. 4.

(3) Tristitia ex propliquo habet iram. Greg. lib. 31 Mor., c. 21.

sas que trata; hácele sospechoso y malicioso, y algunas veces turba de tal manera al hombre la tristeza, que parece que le quita el sentido y le saca fuera de sí, conforme á aquello del Eclesiástico: «Donde hay amargura y tristeza, no hay juicio (1).» Y asi vemos muchas veces que cuando reina en uno la tristeza y melancolia, tiene unas aprensiones tan fuera de camino, y unas sospechas y temores tan sin fundamento, que los que están en su seso se suelen reir y hacer conversacion de ellas como de locuras. Y á otros habemos visto, hombres gravísimos, de grandes letras y talentos, tan presos de esta pasion, que era gran compasion verlos unas veces llorar como criaturas, y otras dar unos suspiros que no parecia sino que bramaban. Y asi, cuando están en su seso, y sienten que les quiere venir esta locura, que bien se puede llamar asi, se encierran en su aposento para alli á solas llorar y suspirar consigo, y no perder la autoridad y opinion con los que les vieren hacer tales cosas.

Si quereis saber de raiz los efectos y daños que causa la tristeza en el corazon, dice Casiano, el Espiritu Santo nos lo declara brevemente por el Sábio: «Lo que hace la polilla en la vestidura, y el gusano y carcoma en el madero, eso hace la tristeza en el corazon del hombre (2).» La vestidura comida de polilla no vale nada, ni puede servir para nada; y el madero lleno de carcoma no es de provecho para el edificio, ni se puede cargar sobre él peso alguno, porque luego se hace pedazos: asi el hombre lleno de melancolia, triste y desgraciado, se hace inútil para todo lo bueno. Y no pára aqui el mal, sino lo que peor es, la tristeza en el corazon es causa

(1) Non est sensus, ubi est amaritudo. Eccl. XXI, 10.

(2) Sicut linen vestimento, et vermis ligno, ita tristitia viri nocet cordi. Prov. XXV, 20.

y raiz de muchas tentaciones y de muchas caídas. A muchos ha hecho caer la tristeza en pecados (1). Y así llaman algunos á la tristeza «nido de ladrones y cueva de demonios,» y con mucha razon. Y traen para esto aquello que dice el Santo Job del demonio: «Duerme en la sombra y oscuridad (2).» En esas nieblas y tinieblas de esa confusion que teneis cuando estais triste, ahí duerme y se esconde el demonio, ese es su nido y su madriguera, y ahí hace él sus mangas, como dicen; esa es la disposicion que él está aguardando para acometer con todas cuantas tentaciones quisiere. «Asi como las serpientes y bestias fieras están aguardando la oscuridad de la noche para salir de sus cuevas (3),» así el demonio, serpiente antigua, está esperando esa noche y oscuridad de la tristeza, y entonces acomete con todo género de tentaciones (4).

Decía el bienaventurado San Francisco que se alegra mucho el demonio cuando el corazon de uno está triste; porque fácilmente, ó le ahoga en la tristeza y desesperacion, ó le convierte á los placeres mundanos. Nótese mucho esta doctrina, porque es de mucha importancia. Al que anda triste y melancólico, unas veces le hace el demonio venir en gran desconfianza y desesperacion, como hizo con Cain y con Judas. Otras veces, cuando por ahí le parece que no tiene buen juego, le acomete con deleites mundanos: otras con deleites carnales y sensuales, so color que con aquello saldrá de la pena y tristeza que tiene. Y de aquí es, que cuando está uno triste, le suelen venir unas veces tentaciones de la voca-

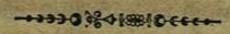
(1) Multos enim occidit tristitia. *Eccl.* XXX, 23.
 (2) Sub umbra dormit. *Job.* XL, 16.
 (3) Posuisti tenebras, et facta est nox: in ipsa pertransibunt omnes bestiae silvae. *Ps.* CIII, 20 et 22.
 (4) Paraverunt sagittas suas in pharetra, ut sagittent in obscuro rectos corde. *Ps.* C, 2.

cion; porque le representa el demonio que allá en el mundo viviera alegre y contento: á algunos ha sacado de la Religion la tristeza y melancolia. Otras veces suele traer el demonio pensamientos carnales y deshonestos que dan gusto á la sensualidad y procura que se detenga en ellos, so color de que con eso desechará la tristeza y se aliviará en su corazon. Esta es una cosa mucho de temer en los que andan tristes y melancólicos, porque suelen ser muy ordinarias en ellos estas tentaciones. Y lo advierte muy bien San Gregorio. Dice que como todo hombre naturalmente desea alguna delectacion y contento, cuando no lo halla en Dios, ni en las cosas espirituales, luego el demonio, que sabe bien nuestra inclinacion, le representa y pone delante cosas sensuales y deshonestas, y le ofrece gusto y contento en ellas, con que le parece que se mitiga y alivia la tristeza y melancolia presente. Entended, dice el Santo (1), que si no teneis contento y gusto en Dios y en las cosas espirituales, le habeis de ir á buscar en las cosas viles y sensuales, porque no puede vivir el hombre sin algun contento y entretenimiento.

Finalmente, son tantos los males y daños que se siguen de la tristeza, que dice el Sábio: «Todos los males vienen con la tristeza (2).» Y en otro lugar: «La muerte viene con ella (3),» y aun la muerte eterna, que es el infierno. Asi declara San Agustin aquello que dijo Jacob á sus hijos: «Echareis mis canas por dolor al infierno (4).» Dice (5) que temió Jacob no hiciese tanta

(1) Sine delectatione anima nunquam potest esse, nam aut infimis delectatur, aut summis. *Greg. lib.* 18, *moral. cap.* 8.—Idem notat S. Bonav. *tom.* 2, *opusc. lib.* 2 de *profectu Religiosor. cap.* 2.
 (2) Omnis plaga tristitia cordis est. *Eccl.* XXV, 17.
 (3) A tristitia enim festinat mors. *Eccl.* XXXVIII, 19.
 (4) Deducetis canos meos cum dolore ad inferos. *Gen.* XLII, 38.
 (5) Aug. *lib.* 32, *sup. Gen. ad lit. cap.* 33.

impresion y causase en él tanto daño la tristeza de carecer de su hijo Benjamin, que le pusiese en contingencia su salvacion, y diese con él en el infierno de los condenados. Y por eso, dice, nos avisa el Apóstol San Pablo (1) que nos guardemos de ella. Por ser tan grandes los daños y peligros que se siguen de la tristeza, nos previene y avisa tanto la Sagrada Escritura y los Santos que nos guardemos de ella. No es por vuestro consuelo, ni por vuestro gusto; que si no hubiera mas que eso, poco importaba que estuviédes triste ó alegre. Y por eso tambien la desea y procura tanto el demonio, porque sabe que es causa y raiz de muchos males y pecados.



CAPITULO II.

En que se ponen algunas razones por las cuales nos conviene mucho servir á Dios con alegría.

«Gozáos siempre en el Señor; otra vez os torno á decir que os goceis y regocijeis,» dice el Apóstol San Pablo (2). Lo mismo nos repite muchas veces en los Salmos el Profeta David: «Alégraos en el Señor, y saltad, justos; gloriaos todos los de recto corazon (3).» «Salten y alégrense en tí, Señor, todos los que te buscan (4).» «Alegraos en el Señor toda la tierra, servid al Señor con alegría: entrad á su presencia con consuelo (5).» «Alégrense el corazon de los que te buscan (6).» Y en otros muchos lugares

(1) Ne quae radix amaritudinis sursum germinans impediatur, et per illam inquinentur multi. *Ad Heb.* XII, 15.
 (2) Gaudete in Domino semper, iterum dico gaudete. *Ad Philip.* IV, 4.
 (3) Letamini in Domino, et exultate justi, et gloriamini omnes recti cordi. *Ps.* XXXI, 11.
 (4) Exultent, et laetentur in te, omnes, qui quaerunt te. *Ps.* XCVI, 5.
 (5) Jubilate Deo omnis terra, servite Domino in laetitia, introite in conspectu ejus in exultatione. *Ps.* XCIX, 1.
 (6) Laetetur cor quaerentium Dominum. *Ps.* CIV, 3.

nos exhorta á menudo á que sirvamos á Dios con alegría. Y con esto saludó el ángel á Tobías: «Dios te dé siempre mucho gozo y alegría (1).» Solia decir el bienaventurado San Francisco: al demonio y á sus miembros pertenece estar tristes, mas á nosotros alegrarnos siempre en el Señor. En las moradas de los justos, siempre se ha de oír voz de alegría y de salud (2). Háenos traído el Señor á su casa, y escogido entre millares; ¿cómo habemos de andar tristes?

Bastaba para entender ser esta cosa de mucha importancia, ver qué de veces nos la encomienda y repite la Sagrada Escritura; y el ver por otra parte los daños grandes que dijimos se siguen de la tristeza. Pero para mayor abundancia, y para que, viendo al ojo el provecho, nos esforcemos mas á ello, diremos algunas razones por las cuales nos conviene mucho andar siempre en el servicio de Dios con esta alegría de corazon. Y sea la primera, porque así lo quiere el Señor. Dice San Pablo: «Quiere Dios un dadivoso alegre (3);» conforme á lo que dijo por el Sábio (4); así como acá en el mundo vemos que cualquier señor quiere que sus criados le sirvan con alegría, y cuando vé que andan encapotados, y le sirven con ceño y con tristeza, no le es agradable su servicio, antes le enfada; así Dios nuestro Señor gusta de que le sirvamos con mucha voluntad y alegría; no con ceño, ni tristeza.

Nota la Sagrada Escritura que ofreció el pueblo de Israel mucho oro y plata y piedras preciosas para el edificio del templo con grande voluntad y alegría (5). Y

(1) Gaudium tibi sit semper. *Tobiae*, V, 11.
 (2) Vox exultationis, et salutis in tabernaculis justorum. *Ps.* CXVII, 15.
 (3) Non ex tristitia, aut ex necessitate, hilarem enim datorem diligit Deus. *II. ad Cor.* IX, 7.
 (4) In omni dato hilarem fac vultum tuum. *Eccl.* XXXV, 15.
 (5) Cum ingenti gaudio. *I. Paral.* XXIX, 9 et 17.

el rey David dió gracias á Dios de ver al pueblo ofrecer sus dones con tan grande gozo. Eso es lo que estima mucho Dios. No estima tanto la obra que se hace, cuanto la voluntad con que se hace. Aun acá solemos decir: «la voluntad con que lo hace vale mas que todo,» y aquello estimamos en mucho, aunque el servicio haya sido pequeño. Y por el contrario, por grande que sea, si no fué hecho con voluntad y alegría, no lo estimamos ni agradecemos, antes nos descontenta. Dicen muy bien que es como quien sirve un buen manjar, pero con salsa amarga, que lo hace todo desabrido.

La segunda razon es, que redundan en mucha gloria y honra de Dios el servirle con alegría, porque de esta manera muestra uno que hace aquello de buena gana y que le parece todo poco para lo que desea hacer. Los que sirven á Dios con tristeza, parece que dan á entender que hacen mucho y que andan reventando con la carga y que apenas la pueden ya llevar por ser grande y pesada, y eso desagrada y da en rostro. Y así, una de las causas porque el bienaventurado San Francisco no queria ver en el rostro de sus frailes tristeza, era porque da á entender que hay pesadumbre en la voluntad y pereza en el cuerpo para el bien. Pero esos otros, según van de alegres y ligeros, parece que están diciendo que no es nada lo que hacen para lo que desean y querian hacer. Como decia San Bernardo: «Señor, lo que yo hago por vos, apenas es trabajo de una hora; y si más es, con el amor no lo siento (1).» Eso da mucho contento al Señor, y así dice él en el Evangelio: «Cuando ayunáredes, ungid la cabeza y lavaos el rostro (2).» Quiere de-

(1) Opus meum rix unius est horae, et si plus, prae amore non sentio. *Bern. serm. 14 sup. Cant.*
 (2) Tu autem cum jejunas, unge caput tuum, et

cir: poneos de fiesta, y andad alegres, que parezca que no ayunais, ni haceis nada. No andeis tristes, como los hipócritas (1), que quieren dar á entender á todos que ayunan y que echen de ver que hacen algo. De camino se ha de advertir aquí que hay algunos, que para andar con modestia y recogimiento, les parece que es menester andar cabizbajos y con semblante triste, y engañanse. Dice San Leon Papa: «La modestia del religioso no ha de ser triste, sino santa (2). Ha de traer siempre el religioso una modestia alegre y una alegría modesta. Y saber juntar estas dos cosas, es gran decoro y grande ornato del religioso.

Lo tercero, no solamente redundan en mucha honra de Dios, sino tambien en provecho y edificacion de los prójimos y en abono de la virtud. Porque los que de esta manera sirven á Dios, persuaden mucho á los hombres con su ejemplo que en el camino de la virtud no hay la pesadumbre y dificultad que los malos imaginan; pues les ven á ellos caminar por él con tanta suavidad y alegría. Con lo cual los hombres que naturalmente son amigos de andar alegres y contentos, se animan mucho á darse á la virtud. Por esta razon particularmente nos conviene mucho á nosotros andar con alegría en nuestros ministerios, por tratar tanto con prójimos y ser nuestro fin é instituto el ganar almas para Dios. Porque de esta manera se ganan y aficionan muchos, no solo á la virtud, sino á la perfeccion y á la Religion. De algunos sabemos que han dejado el mundo, y entrado en Religion, por ver la alegría y contento con que andan los religiosos. Porque lo que desean los hom-

faciem tuam lava, ne videaris hominibus jejunas. *Math. VI, 16.*

(1) Nolite fieri sicut hypocritae tristes. *Ib.*
 (2) Religiosorum modestia, non sit maesta, sed sancta. *Leo Papa, serm. 4 quadrages.*

bres es pasar esta vida con contento; y si entendiesen el que tiene el buen religioso, creo se despoblaria el mundo y se acogerian todos á la Religion; sino que es este un maná escondido, que le escondió y guardó Dios para los que él quiso escoger: á vos os descubrió el Señor este tesoro escondido, y no se le descubrió á vuestro hermano, y así él se quedó allá, y á vos os trajo acá: por lo cual le debeis infinitas gracias.

La cuarta razon por que nos conviene andar con alegría, es porque la obra comunmente es de mayor mérito y valor cuando se hace con esta alegría y prontitud, porque eso hace hacer la obra mejor y mas perfectamente. Aun allá dijo Aristóteles: «La alegría y gusto con que se hace la obra, es causa que se haga con perfeccion; y la tristeza, de que se haga mal hecha (1).» Y así vemos por experiencia que hay mucha diferencia del que hace la cosa con gusto, al que la hace de mala gana; porque este no parece que atiende mas de á poder decir que la hizo; pero aquel estáse esmerando en hacer bien lo que hace y procura hacerlo lo mejor que puede. Añádese á esto lo que dice San Crisóstomo (2), que la alegría y contento del ánima da fuerzas y aliento para obrar. Y así decia el Profeta David: «La alegría dilata y ensancha el corazón;» pues dice el Profeta: «Señor, cuando vos me dábades aquella alegría con que se dilataba mi corazón, corría yo con grande ligereza por el camino de vuestros Mandamientos (3).» Entonces no se siente el trabajo (4). Y por el contrario, la tristeza estrecha, aprieta y encoge el corazón: no solo quita la gana de obrar, sino tambien las fuerzas,

(1) Delectatio perficit operationem, tristitia corrumpit. *Arist. lib. 10 Ethic. cap. 4 et 5.*
 (2) *Chrisost. hom. 41 sup. Gen.*
 (3) Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum. *Ps. CXVIII, 32.*
 (4) Current, et non laborabunt; ambulabunt, et non deficient. *Isai. XL, 31.*

y hace que se le haga á uno pesado lo que antes le era fácil. Y así confesó su flaqueza el sacerdote Aaron, que habiéndole Dios muerto dos hijos de un golpe, y siendo reprendido de su hermano Moisés por no haber ofrecido sacrificio al Señor, respondió: «¿Cómo podia yo agradar con el sacrificio al Señor con ánimo lloroso y triste (1)?» Y los hijos de Israel, en el destierro de Babilonia decian: «¿Cómo cantaremos el Cántico del Señor en tierra agena (2)?» Y por experiencia vemos cada dia que cuando estamos con tristeza, no solo se disminuyen las fuerzas espirituales, conforme á aquello del Sábio: «En la tristeza decae el ánimo (3),» sino tambien las corporales: porque no parece sino que cada brazo y cada pie nos pesa un quintal. Por esto aconsejan los Santos (4) que en las tentaciones no nos entristezcamos; porque eso quita el vigor del corazón, y hace al hombre cobarde y pusilánime.

Otra razon se puede colegir de las pasadas, por la cual es mucho de desear que el siervo de Dios, y especialmente el religioso, ande con alegría; y es, porque cuando se ve que uno anda con alegría en las cosas de la virtud y de la Religion, da aquello grande satisfaccion y esperanza que aquel perseverará y llevará adelante lo comenzado; pero cuando le vemos andar triste, sospecha da y temor si ha de perseverar. Como cuando veis á uno que lleva á cuestas una gran carga de leña y que va con pesadumbre, anhelando y suspirando, y aquí pára, y allí se le cae un palo y acullá otro; luego decís «este no ha de poder con tanto; creo que lo ha de dejar á medio camino;» pero cuando le veis ligero con la

(1) Quomodo potui placere Domino in ceremoniis lugubri? *Levit. X, 19.*
 (2) *Ps. CXXXVI, 2 et 4.*
 (3) In maerore animi dejicitur spiritus. *Prov. XV, 13.*
 (4) Véase el trat. 4, caps. 10 y 11.

carga, y que va cantando y alegre, luego decís: «este aun mas que aquello llevaria.» Pues de la misma manera, cuando uno hace con tristeza y pesadumbre las cosas de la virtud y de la Religion, y parece que va gimiendo y rebentando con la carga, sospecha da de que no ha de durar; porque ir siempre remando y forcejando agua arriba, es vida de galera y cosa muy violenta. Pero cuando anda alegre en los oficios humildes y en los demas ejercicios de la Religion, asi corporales como espirituales, y todo se le hace fácil y ligero, da muy buenas esperanzas que irá adelante y perseverará.

CAPITULO III.

Que no han de bastar las culpas ordinarias en que caemos, para quitarnos esta alegría.

Estiman tanto los Santos que andemos siempre con este ánimo y alegría, que aun en las caidas dicen que no habemos de desmayar, ni desanimarnos, ni andar tristes y melancólicos; con ser el pecado una de las cosas por que con razon podemos tener tristeza, como luego diremos; con todo esto, dice San Pablo que esta tristeza ha de ser templada y moderada con la esperanza del perdon y misericordia de Dios para que no cause desmayo ni desconfianza: «No sea, dice (1), que por la tristeza nimia se sofoque el triste.» Y asi, el bienaventurado San Francisco, que aborrecia mucho esta tristeza en sus frailes, reprendió á uno de sus compañeros que andaba triste; diciendo: «no debe el que sirve á Dios andar triste, si no es por haber cometido algun pecado; si tú le has cometido, arrepiéntete, y confiéstate, y pi-

(1) Ne forte abundantiori tristitia absorbeat que ejusmodi est. II. ad Cor. II. 7.

de á Dios perdon y misericordia, y suplícale con el Profeta (1) que te vuelva la alegría primera. «Tornadme, Señor, aquella alegría y prontitud que sentia en vuestro servicio antes que pecara, y sustentadme, y confirmadme en eso con el espíritu magnifico y poderoso de vuestra gracia.» Asi declara tambien San Gerónimo este lugar (2). El P. maestro Avila reprende (3), y con mucha razon, á algunos que andan en el camino de Dios llenos de tristeza desaprovechada, aheleados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prógimos, desmayados y desanimados; y muchos, dice, hay de estos que no cometen pecados mortales, sino dicen que por no servir á Dios como deben y desean, y por los pecados veniales que hacen, están de aquella manera. Este es un engaño grande; porque mucho mayores son los daños que se siguen de esa pena y tristeza demasiada, que los que se siguen de la misma culpa; y lo que pudieran atajar, si tuvieran prudencia y esfuerzo, lo hacen crecer y que de un mal caigan en otro. Y eso es lo que pretende el demonio con esa tristeza: quitarles el vigor y esfuerzo para obrar, y que no acierten á hacer cosa bien hecha.

Lo que habemos de sacar de nuestras faltas y caidas, ha de ser, lo primero, que nos confundamos y humillemos mas, conociendo que somos mas flacos de lo que pensábamos. Lo segundo, que pidamos mayor gracia al Señor, pues la habemos menester. Lo tercero, que vivamos de ahí adelante con mayor cautela y recato, tomando avisos de una vez para otra, previniendo las ocasiones y apartándonos de

(1) Redde mihi laetitiam salutaris tui, et spiritu principali confirma me. Ps. L. 14.

(2) Id est, redde mihi illam exultationem, quam in Christo habui, prius quam peccarem. Hieron.

(3) M. Avila, c. 23 del *Audisilia*.

ellas. De esta manera haremos mas que con desmayos y tristezas desaprovechadas. Dice muy bien el P. maestro Avila: «si por las culpas ordinarias, que hacemos, hubiésemos de andar decaídos, tristes y desanimados, ¿quién de los hombres tendria descanso, ni paz, pues todos pecamos (1)?» Procurad vos de servir á Dios y de hacer vuestras diligencias; y si no las hiciéredes todas, y cayéredes en faltas, no os espanteis por eso, ni desmayeis, que asi somos todos: hombre sois, y no ángel; flaco, y no santificado. Y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria, y no quiere que desmayemos por eso, sino que nos levantemos luego, y pidamos mayor fuerza al Señor; como el niño que cae, que luego se levanta y corre como primero. Dice San Ambrosio: «las caidas de los niños no indignan á su padre, sino enternécenle (2).» De esa manera, dice, se há Dios con nosotros, conforme á aquello del Profeta: «Conoce Dios muy bien nuestra enfermedad y miseria, y ámanos como á hijos flacos y enfermos; y asi, esas caidas y flaquezas nuestras, antes le mueven á compasion que á indignacion (3).» Uno de los grandes consuelos que tenemos los que somos flacos en el servicio de Dios, es entender qué es Dios tan rico en amor y misericordia, que nos sufre y ama, aunque nosotros no le correspondamos tan por entero como era razon. «Es rico en misericordia (4);» sobrepuja su misericordia nuestros pecados. Asi como se derrite la cera delante del fuego, asi se deshacen todas nuestras faltas y pecados delante de su misericordia infinita. Esto nos ha de animar

(1) Si iniquitates observaveris Domine, Domine quis sustinebit? Ps. CXXIX, 3.

(2) D. Ambros. lib. 2 de reparatione gentium, cap. 3 et ult.

(3) Quomodo miseretur pater illorum, misertus est Dominus timentibus se quoniam ipse cognovit inimentum nostrum. Et recordatus est quoniam pulvis sumus. Ps. CII, 13.

(4) Qui dives est in misericordia, Ad Eph. II, 4.

mucho para andar siempre con grande contento y alegría; entender que Dios nos ama y nos quiere bien, y que por todas esas faltas ordinarias que hacemos no perdemos un punto de gracia y amor de Dios.

CAPITULO IV.

De las raíces y causas de la tristeza, y sus remedios.

Pero veamos las raíces y causas de donde suele nacer la tristeza, para que asi apliquemos los remedios necesarios. Casiano y San Buenaventura dicen (1) que la tristeza puede nacer de muchas raíces. Algunas veces nace de enfermedad natural de humor melancólico que predomina en el cuerpo, y entonces el remedio mas pertenece á los médicos que á los teólogos; pero háse de advertir que ese humor melancólico se engendra y aumenta con los pensamientos melancólicos que uno tiene. Y asi, dice Casiano (2), que no menor cuidado habemos de poner en que no entren ni nos lleven tras sí estos pensamientos tristes y melancólicos, que en los pensamientos que nos vienen contra la castidad y contra la fé, por los daños grandes que digimos nos pueden de eso venir.

Otras veces, dice, que sin haber precedido causa alguna particular que provoque á ello, de repente se suele hallar uno tan triste y melancólico que no gusta de nada, ni aun de los amigos y conversaciones que antes solia gustar; sino todo le enfada y le dá en rostro, y no querria tratar ni conversar con nadie; y si trata y habla, no es con aquella suavidad y afabilidad que solia, sino con sacudimiento y desgracia. De donde podemos colegir, dice Casiano, que nuestras im-

(1) Cas. lib. 8 de instit. renunt. — Bonay, tract. de reforma mentis, cap. 12.

(2) Cap. I.

paciencias y palabras ásperas y desabridas no nacen siempre de ocasion que nos den nuestros hermanos para ello, sino de acá dentro; en nosotros está la causa: el no tener mortificadas nuestras pasiones es la raiz de donde nace todo eso. Y así, no es el remedio para tener paz, el huir el trato y conversacion de los hombres, ni nos manda Dios eso, sino el tener paciencia y mortificar muy bien nuestras pasiones; porque si estas no mortificamos, donde quiera que vayamos y á donde quiera que huyamos llevamos con nosotros la causa de las tentaciones y turbaciones.

Bien sabido es aquel ejemplo que cuenta Surio (1) de un monge, el cual por razon de su cólera é ira poco mortificada, era pesado á sí y á los otros; determinóse de salir del monasterio del santo abad Eutimio, en el cual vivia, pareciéndole que estando quitado de tratar con otros y viviendo solo, cesaria la ira, pues no tendria ocasiones con que airarse. Hácelo así, y encerrándose en una celda, llevó consigo un cántaro de agua, y por arte del demonio se le derramó; levantóle y volvióle á llenar de agua, y segunda vez se derramó cayendo en el suelo; volvió tercera vez á llenarle y ponerle bien, y tercera vez se le derramó; entonces, con mas cólera que solia, coge el cántaro y dá con él en el suelo haciéndole pedazos. Acabando de hacer esto, cayó en la cuenta y echó de ver que no era la compañía de los monges y la comunicacion con ellos la causa de su caída en impaciencias é iras, sino su poca mortificacion, y al fin se volvió á su monasterio. De manera que en vos está la causa de vuestra inquietud é impaciencia, y no en vuestros hermanos: mortificad vos vuestras pasiones, y de esa manera, dice Casiano, aun con las bestias fieras tendreis paz,

(1) Surius in vita Sancti Eutimii, mense Januarii.

conforme á aquello de Job: "Las bestias de la tierra te serán pacíficas (1)," cuanto mas con vuestros hermanos.

Otras veces, dice San Buenaventura, que suele nacer la tristeza de algun trabajo que sobreviene, ó de no haber alcanzado alguna cosa deseada. Y San Gregorio y San Agustin y otros Santos ponen tambien esta raiz, y dicen (2) que la tristeza del mundo nace de estar uno aficionado á las cosas mundanas; porque claro está que se ha de entristecer el que se viere privado de lo que ama. Pero el que estuviere desasido y desaficionado de todas las cosas del mundo, y pusiere todo su deseo y contento en Dios, estará libre de la tristeza del mundo. Dice muy bien el P. maestro Avila: «no hay duda sino que el penar viene del desear, y así, á mas desear, mas penar; á menos desear, menos penar; á ningun desear, descansar.» De manera, que nuestros deseos son nuestros sayones; esos son los verdugos que nos atormentan y dan garrote.

Descendiendo en esto mas en particular y aplicándolo á nosotros, digo, que muchas veces la causa de la tristeza del religioso es no estar indiferente para todo aquello en que le puede poner la obediencia; eso es lo que le suele traer muchas veces triste y melancólico, y lo que le hace que ande con pena y con sobresalto: «si me quitaran esto, en que me hallo bien; si me mandaran aquello, á que tengo repugnancia.» Así lo dice San Gregorio: «Porque desea uno tener lo que no tiene, ó teme perder lo que tiene, por eso anda con pena y con sobresalto (3).» Pero el religioso que está indi-

(1) Bestiae terrae pacificae erunt tibi. Job. V, 23.
 (2) Greg. lib. 22 Mor., cap. 14.—Aug. sup. illud Ps. 7, «concepit dolorem, et peperit iniquitatem;» et tract. 14 super Joann.
 (3) Quia aut non habita concupiscit, ut habeat; aut adepta metuit, ne amittat; et dum in adversis sperat prospera, in prosperis formidat adversa, huc illucque, quasi quibusdam fluctibus volvitur, ac per modos varios rerum alternantium mutabilitate versatur. Greg. lib. 22 Mor., c. 14.

ferente para cualquier cosa que le ordenare la obediencia, y tiene puesto todo su contento en hacer la voluntad de Dios, siempre anda contento y alegre, y nadie le podrá quitar su contento; bien podrá el superior quitarle de este oficio y de este colegio; pero no podrá quitarle el contento que en eso tiene; porque no le ha puesto él en estar aquí ó allí, ni en hacer este oficio ó aquel, sino en hacer la voluntad de Dios. Y así consigo lleva siempre su contento, donde quiera que fuere y en cualquiera cosa que le ocuparen. Pues si quereis andar siempre alegre y contento, poned vuestro contento en hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y no le pongais en esto ó aquello, ni en hacer vuestra voluntad, porque ese no es medio para tener contento, sino para tener mil descontentos y sinsabores.

Declarando esto mas, lo que suele ser muy comunmente causa y raiz de nuestras melancolias y tristezas, es, no el humor de melancolia, sino el humor de soberbia que reina mucho en nuestro corazon, como dijimos tratando de la humildad (1); y mientras ese humor reinare en vuestro corazon, tened por cierto que nunca os faltarán tristezas y melancolias, porque nunca faltarán ocasiones; y así, siempre vivireis con pena y con tormento. Y á esto podemos reducir lo que acabamos de decir, de estar uno muy indiferente para cualquier cosa que la obediencia le quisiere mandar; porque muchas veces no es el trabajo, ni la dificultad del oficio, lo que se nos pone delante, que mayor trabajo y mayores dificultades suele haber en los oficios y puestos altos que nosotros apetecemos y deseamos; sino la soberbia y el deseo de honra. Eso es lo que nos hace fácil lo trabajoso, y pesado lo que es mas fácil y ligero, y lo que nos trae tris-

(1) Trat. 3, c. 22.

tes y melancólicos en ello: y aun solo el pensamiento y temor si nos han de mandar aquello, basta para eso.

El remedio para esta tristeza bien se ve que será ser uno humilde y contentarse con el lugar bajo. Ese tal estará libre de todas estas tristezas y desasosiegos, y gozará de mucha paz y descanso. "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, dice Jesucristo (1), y hallareis descanso para vuestras almas." De esta manera declara San Agustin estas palabras, dice: «si imitamos á Cristo en la humildad, no sentiremos trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino mucha facilidad y suavidad (2).» Porque lo que hace eso dificultoso, es el amor propio, la voluntad y juicio propio, el deseo de la honra y estimacion y del deleite y comodidad; y todos estos impedimentos quita y allana la humildad, porque ella hace que el hombre se tenga en poco á sí mismo, y niegue su voluntad y juicio, y desprecie las honras y estimacion y todos los bienes y contentos temporales; y quitado esto, no se siente trabajo, ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino grande paz y descanso.

CAPITULO V.

Que es muy gran remedio para desechar la tristeza acudir á la oracion.

Casiano dice (3) que para todo género de tristeza, por cualquier via ó causa que venga, es muy buen medio acogernos á la oracion y pensar en Dios y en la esperanza de la vida eterna que nos está pro-

(1) Discite a me, quia nřtis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. Matth. XI, 29.
 (2) Aug. super Ps. 93.
 (3) Casian. lib. de instit. renunt. cap. último.